

LIBROS

68

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2015

Jorge Aguilar Mora

• SUEÑOS DE LA RAZÓN, 1799 Y 1800.
UMBRALES DEL SIGLO XIX

Guillermo Cabrera Infante

• MEA CUBA ANTES Y DESPUÉS.
ESCRITOS POLÍTICOS Y LITERARIOS

Dag Detter y Stefan Fölster

• THE PUBLIC WEALTH OF NATIONS:
HOW MANAGEMENT OF PUBLIC
ASSETS CAN BOOST OR BUST
ECONOMIC GROWTH

Jonathan Franzen

• PUREZA

Julián Herbert

• LA CASA DEL DOLOR AJENO

**Eduardo Antonio Parra
(compilador)**

• NORTE. UNA ANTOLOGÍA

Byung-Chul Han

• EL AROMA DEL TIEMPO. UN ENSAYO
FILOSÓFICO SOBRE EL ARTE DE
DEMORARSE

Oliver Sacks

• EN MOVIMIENTO. UNA VIDA



ENSAYO

El panóptico de Aguilar Mora



**Jorge
Aguilar Mora**
SUEÑOS DE LA RAZÓN,
1799 Y 1800.
UMBRALES DEL
SIGLO XIX
México, Era, 2015,
278 pp.

✎ CHRISTOPHER

DOMÍNGUEZ MICHAEL

Jorge Aguilar Mora es uno de los pocos escritores hispanoamericanos a quienes les interesa, hegelianamente, la historia universal. Sus libros sobre la Revolución mexicana o sobre Octavio Paz y Juan Rulfo, sobre nuestra imaginación científica decimonónica, importan porque su México, aun en contra de sus querencias, manías y contradicciones, siempre es universal. En sus novelas, ensayos, cuentos y poemas, su obsesión es el siglo: el pasado, el antepasado, el actual. He estado varias veces en desacuerdo con él pero para mí la experiencia literaria se reduciría notable, casi desastrosamente, sin

él. Muerto Álvaro Mutis, ¿con quién se puede tener una conversación literaria (a través de los libros, se entiende), sobre Napoleón o madame de Staël, sino con Aguilar Mora? Por ello, leer *Sueños de la razón, 1799 y 1800* ha sido un placer. Es un libro, debo decirlo, escolar en el más noble sentido de la palabra. Si en mis manos estuviera ordenarlo, haría obligatoria su lectura para todos los estudiantes de humanidades del país, junto a *El arte de perdurar* (2010), de Hugo Hiriart, quizá.

El proyecto de Aguilar Mora es muy ambicioso y no sé si a sus casi setenta años (nació en Chihuahua en 1946) tenga tiempo y salud para llevarlo a cabo de principio a fin: “revisar”, según él mismo dice, “hechos, ideas, estados de ánimo, sentimientos históricos del siglo XIX, año por año”. Si empieza con 1799/1800 es por el contenido decimal sobre cuál de las dos fechas es la primera de cada siglo y se sigue no con la totalidad de los hechos, desde luego, sino con crónicas hilvanadas a través de sus intereses, que son la fama, la filosofía (sobre todo la filosofía de la historia), Kant y sus lectores; los cenáculos donde, junto al romanticismo, nació Alemania; la figura aplastante de Napoleón; las excursiones científicas de Humboldt, quien trató de alcanzar al cónsul de origen corso pero no pudiendo pasar de Marsella se conformó con España; Haydn, con *La creación*, pero también el infravalorado Johann Nepomuk Hummel; el estremecedor cuento de Jean Paul haciendo regresar a Jesucristo ante los niños decretando la orfandad de todos los hombres; la astronomía antes y después de Newton y un largo etcétera que solo admite una restricción, acaso el punto débil del libro, como veremos: la elección de un innominado pero no omnisciente narrador que va contando limitado por su propio tiempo, pues le es vedado el conocimiento de todo aquello posterior al 31 de diciembre de 1800.

Proyecto admirable el de Aguilar Mora, que de llegar a avanzar lo suficiente podrá equipararse con *Le XIX*®

siècle à travers les âges (1984), de Philippe Muray, cuya enloquecida tesis es que aquel siglo fue idiota (Muray es un hombre de derechas) porque lanzó una sola moneda al aire: una de sus caras fue el socialismo científico, la otra el ocultismo romántico. Según él, madame Blavatsky y Marx son inexplicables el uno sin el otro, mientras que al narrador de Aguilar Mora lo tienta la razón, la medida, la curiosidad, el sentido común. Para optar entre uno y otro (el de Muray es uno de los libros críticos más fascinantes que he leído, a la vez sublime e insuperable), habré de esperar a que el ensayista mexicano culmine, o avance lo suficiente, con el suyo, que comienza con Napoleón fracasando en Saint-Jean d’Acre aunque la Revolución francesa “ha dejado de ser un acto, un conjunto de fines políticos y sociales, y se ha convertido en un proceso, en una fuerza constante de transformación”, según Aguilar Mora.

Compara la revolución de los franceses con la de Kant, las relaciones y con el mejor ánimo profesoral, erudito sin ser pomposo, va hilando cómo la razón se fue transformando en romanticismo, pues me parece que Aguilar Mora (como Tomás Segovia contra Paz) no cree en la cesura entre la Ilustración y el romanticismo: los ve como un fenómeno dialéctico. Apenas llegamos a las figuras de Fichte y Goethe o a la “sinfilosofía y a la simposía” de Schlegel, queda claro su propósito muchas páginas antes de que hable de Bentham: escribir un panóptico mediante el cual todo el siglo XIX pueda ser examinado desde un solo observatorio central, lo cual no deja de ser contradictorio. Aguilar Mora lo admite: “La idea del Panopticon es de una agudeza dolorosa: aprovecha esa circunstancia de considerar la razón como un mero procedimiento inductivo para convertirla en un proceso de autodominación. Si la mirada exterior se introvierte, la razón se vuelve aún más simple, aún más accesible como instrumento de debilitamiento: de la

presencia fantasmal y particular de un vigilante que me dice, dentro de mí, que debo comportarme ‘como se debe’, induzco que esa mirada, incluso sin la persona del vigilante, constituye la norma universal de conducta. Así, el fin último de la ley no consiste en ser proclamada y conocida, sino interiorizada.”

Por más suculentas que sean sus crónicas sobre los amores de madame de Staël con Narbonne primero y con Benjamin Constant (solo Aguilar Mora podía calibrar la importancia de que la culta dama desconociese el *Quijote* en 1800) después, siendo tan sintética y preclara su visión de la enemistad del futuro emperador con ella, la hija de Necker, como loable su esfuerzo de que el mundo hispano-americano no quede fuera de *Sueños de la razón*, me pregunto si era posible, para el autor de este libro, interiorizarse verdaderamente como un cronista y testigo reducido a 1799 y 1800.

Me parece que era imposible a menos que Aguilar Mora hubiese recurrido a una novelización vulgar, recurso inaceptable para su sofisticación intelectual. Ese proceso panóptico de “autodominación” era inviable a la hora de completarse y la razón no podía “introvertirse” en su totalidad. Ello se nota, sin estorbar demasiado, pues no deja de ser solo un truco a lo largo de todo el libro, pero salta notoriamente en el par de páginas consagradas a Sade, donde es evidente que esa idea del autor de *La nueva Justina* como aquel que devela “la literalidad de la naturaleza” no podía ser, me parece, de un contemporáneo suyo, sino la de un escritor, Aguilar Mora, que vivió en el París donde las opiniones de Bataille, Blanchot, Philippe Roger o Barthes sobre el divino marqués eran moneda corriente. Es improbable que en el amanecer del siglo XIX alguien juzgase al libertino en términos de la aún inmadura dialéctica del amo y el esclavo o preguntándose: “¿Quién había pensado que el lenguaje se

puede rebelar y quién había imaginado que se puede rebelar no para decir más sino para decir menos?” Me temo que no es Schlegel, la estrella del libro junto a Novalis, quien habla a través de Aguilar Mora, sino Maurice Blanchot. Era inevitable. El globo de Montgolfier nos enseñó más sobre la tierra que sobre el cielo.

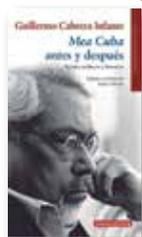
Rarísima es esta obra ensayística que deja a su lector ansioso de leer su secuela, cuando Jorge Aguilar Mora se despide: “Bienvenido, siglo XIX: puedes empezar.” —

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es crítico literario. El Colegio de México pondrá en circulación próximamente *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*.



ENSAYO

La verdad del escritor político



Guillermo Cabrera Infante
MEA CUBA ANTES Y DESPUÉS. ESCRITOS POLÍTICOS Y LITERARIOS
 Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, 1300 pp.

RAFAEL ROJAS

Cuando la editorial Vuelta que dirigía Octavio Paz publicó en México la primera edición de *Mea Cuba* (1993) y organizó su lanzamiento, se produjo una amenaza de bomba que obligó a una revisión policial del recinto en el que Enrique Krauze, José de la Colina y Carlos Monsiváis presentarían el libro. Guillermo Cabrera Infante no pudo viajar a México, a la presentación de su libro, pero envió un mensaje grabado en un video. La reacción del régimen cubano y de la izquierda mexicana leal a Castro, contra aquel volumen de Cabrera Infante, fue una señal inteligible de la peligrosidad que el castroismo concedía al autor de *Tres tristes tigres* (1967).

Guillermo Cabrera Infante (Gibara, Cuba, 1929-Londres, 2005) fue, acaso, el escritor cubano más odiado y vilipendiado por la cultura oficial de la isla y sus aliados internacionales en el último medio siglo. Hubo otros escritores denigrados por el castrismo, como Heberto Padilla, Jesús Díaz, Reinaldo Arenas, Raúl Rivero, María Elena Cruz Varela o Zoé Valdés, pero ninguno llegó a concentrar tanta antipatía y tanto afán de descalificación. La razón de ese odio, hoy nos parece incontrovertible: la calidad de la literatura de ficción de Cabrera Infante le ofrecía una plataforma privilegiada de cuestionamiento político al régimen de la isla.

En las páginas introductorias de la primera edición de *Mea Cuba*, “Naufragio con amanecer al fondo”, Cabrera Infante parecía dudar de su identidad como escritor político. “¿Qué hace un hombre como yo en un libro como este? Nadie me considera un escritor político ni yo me considero un político”, se preguntaba y se respondía. La política era una imposición moral del propio régimen cubano, que obligaba al escritor exiliado a posicionarse públicamente. Cabrera Infante llegaba a confesar, incluso, que había demorado la aparición de *Mea Cuba*, con la esperanza de que el libro se publicara junto con la caída del régimen. Ese desenlace le parecía un buen “colofón” para la historia de Cuba y para su propia biografía, pero también un acto final que lo emanciparía de la política: “no más banderas”.

Además de un exorcismo, *Mea Cuba* era una larga confesión. No solo por su apelación a la “culpa” —“la culpa es mucha y es ducha: por haber dejado mi tierra para ser un desterrado y, al mismo tiempo, dejado atrás a los que iban en la misma nave, que yo ayudé a echar al mar sin saber que era el mal”— o por el reconocimiento de su “silencio” hasta 1968 sino por el aprovechamiento de la memoria para la crítica política. Si en *La Habana para un infante difunto* (1979) o *Cuerpos divinos* (2010) la memoria era el archivo

de la ficción, en *Mea Cuba* sería un arma de la impugnación y la invectiva. Desde sus primeros artículos de oposición al gobierno cubano, en *Primera Plana*, en 1968, el semanario argentino fundado por Jacobo Timerman y Tomás Eloy Martínez, y los últimos en *El País*, Cabrera Infante recordaba cada detalle de su exilio como testimonio de la intolerancia del poder.

La censura del film *PM* y el cierre de *Lunes de Revolución*, la polémica con *El Caimán Barbudo*, la defensa de Heberto Padilla, Reinaldo Arenas y tantos otros escritores cubanos reprimidos durante los años setenta y ochenta, sus homenajes a José Martí, Lino Novás Calvo, Lydia Cabrera, Calvert Casey, Enrique Labrador Ruiz, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, José Raúl Capablanca o Néstor Almendros, a quien dedicaba el libro, la vindicación del exilio o su exhaustivo inventario de los abusos y desmanes del castrismo tenían la fuerza de una verdad política. Una verdad revelada por la memoria y esgrimida por un discurso que abjuraba de la historia y del poder, a la vez que celebraba la geografía y la cultura, en un sentido similar al plasmado en su gran ensayo *Vista del amanecer en el trópico* (1974).

Aunque Cabrera Infante recordaba constantemente sus orígenes comunistas, su intervención en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista y su breve pertenencia al nuevo funcionariado cultural de la Revolución, enmarcó la edición de *Mea Cuba* entre su ruptura pública con el régimen, en 1968, y 1992, año de la desintegración de la Unión Soviética y del quinto centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América. Como tantos otros intelectuales occidentales, había entendido que el corte histórico que se abría con la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría era el momento propicio para una transición a la democracia en Cuba. En *Mea Cuba* el castrismo era cuestionado como el último poder sobreviviente de la tradición estalinista, a fines del siglo xx.

Esa enmarcación histórica de la literatura política de Cabrera Infante prescindía, deliberadamente, de sus artículos a favor de la Revolución, especialmente en *Lunes*, entre 1959 y 1961. La más reciente edición de *Mea Cuba*, cuidada por Antoni Munné Ramos, incorpora buena parte de aquellos textos, ofreciendo una imagen más completa de la evolución ideológica del escritor. Es un acierto de Munné y de la viuda del escritor, Miriam Gómez, haber decidido la integración de toda la literatura política de Cabrera Infante, abandonando la comprensible pero equivocada identificación de aquella prosa con el anti-castrismo de 1968 en adelante.

Los artículos en *Lunes* —la charla con Luis Cardoza y Aragón sobre el golpe de Estado de la CIA y el ejército guatemalteco contra Jacobo Árbenz, el apoyo a los fusilamientos de agentes batistianos, la crítica al tratamiento de las medidas revolucionarias en la prensa norteamericana, el homenaje a Pablo de la Torriente Brau, la defensa de la literatura *antiestablishment* en Estados Unidos, sus llamados a la unidad contra la política hostil de Washington y el primer exilio o sus textos contra la invasión de Bahía de Cochinos— eran los posicionamientos genuinos de un partidario de la Revolución que, como la mayoría de la izquierda intelectual latinoamericana en aquellas décadas, se inscribía en un socialismo liberal o democrático, claramente opuesto al estalinismo.

De hecho, en muchos de los primeros artículos de ruptura de Cabrera Infante con el castrismo, entre 1968 y 1976 o hasta *Exorcismos de esti(l)lo*, aparecido ese último año, su posición pública seguía preservando nociones y acentos propios de aquella izquierda socialista antiestalinista, ligada a una estética de vanguardia que compartía no pocas pautas con la zona más experimental o heterodoxa del *boom* de la novela latinoamericana. La radicalización anticastrista del pensamiento político de Cabrera Infante era tanto el efecto de su reacción

moral contra la deriva totalitaria de la Revolución cubana como de la maduración y el desencanto ideológicos de un escritor que, honestamente, celebró el triunfo revolucionario de enero de 1959.

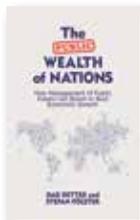
A pesar de que Guillermo Cabrera Infante llegó a juzgar aquel compromiso inicial con la Revolución desde la perspectiva de la “culpa”, la nueva edición de *Mea Cuba* ofrece la plasmación de la verdad política del escritor en ambos momentos: el revolucionario y el anticastrista. No hay contradicción o incoherencia en el tránsito de un momento a otro, ya que la Revolución que defendió Cabrera Infante, en su juventud, era un movimiento social antiautoritario y liberador, mientras que el régimen al que se opuso desde el exilio, hasta su muerte en 2005, era un totalitarismo encabezado por un caudillo megalómano y mesiánico. El eje de esa evolución es aquel estilo exorcizado, aquella transparencia moral del ingenio que hizo del autor de *Tres tristes tigres* uno de los mayores prosistas políticos de la lengua. —

RAFAEL ROJAS (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).



ECONOMÍA

La riqueza pública de las naciones



Dag Detter y Stefan Fölster
THE PUBLIC WEALTH OF NATIONS: HOW MANAGEMENT OF PUBLIC ASSETS CAN BOOST OR BUST ECONOMIC GROWTH
Londres, Palgrave Macmillan, 2015, 244 pp.

✎ **LUIS DE LA CALLE**

Dag Detter y Stefan Fölster, especialistas suecos en el manejo óptimo de activos públicos, traen a colación una fuente conocida, pero no

suficientemente apreciada, de creación de valor en su reciente *The public wealth of nations*. El título parafrasea, por supuesto, la obra maestra de Adam Smith que expone cómo el mercado y el intercambio explican la riqueza de las naciones. Detter y Fölster abordan un aspecto distinto; no tanto la creación de riqueza sino el manejo de los activos públicos como un aspecto crucial para el desarrollo y el crecimiento.

Su trabajo parte de una observación que escapa a la mayoría de los analistas y formuladores de políticas públicas: las discusiones de finanzas públicas se centran en el financiamiento y asignación del gasto y en la acumulación y sustentabilidad de la deuda pública, pero no en los activos sobre los que los gobiernos tienen derechos de propiedad.

Si los gobiernos fueran empresas, o se manejaran contablemente como tales, contarían con un balance financiero en el cual los activos serían iguales a deuda más capital, con un estado de resultados que resumiría las entradas y salidas de recursos y con reporte sobre el cambio en la posición neta en la tesorería. En el ámbito público, se enfatiza el gasto y su asignación, los ingresos tributarios y no tributarios y la deuda, pero no se repara en los activos, su calidad, su valor y el manejo que puede hacerse de ellos.

Para Detter y Fölster este es un grave error. Los activos públicos no solo existen, sino que no tomarlos plenamente en cuenta impide capitalizar su buen uso y contar con una fuente adicional de creación de valor que permitiría sortear de mejor manera las difíciles restricciones presupuestarias que muchos países enfrentan.

Los autores argumentan que los gobiernos son los más grandes dueños de riqueza en cada economía. Poseen activos mucho mayores que los detentados por las personas o empresas más ricas y, de manera sorpresiva, mayores de lo que ellos mismos se imaginan. La ironía de los gobiernos como dueños es que con frecuencia no saben

que lo son. Casi siempre carecen de un inventario de propiedades públicas e incluso de un sistema de manejo de la riqueza pública que asegure su uso apropiado.

El libro se concentra en el manejo de activos públicos comerciales, que pueden generar un flujo de ingresos: empresas estatales, banca de desarrollo, bienes raíces, infraestructura y servicios de distinta índole. Los bienes raíces son, generalmente, el activo comercial más grande pero el que menos se contabiliza. Si bien es imposible asignar un valor preciso a este conjunto de activos no contabilizados, el importe de ellos es muy elevado. El Fondo Monetario Internacional llevó a cabo un estudio de activos públicos para veintisiete países en 2013. Para casi todos ellos la suma de activos públicos financieros y no financieros excedía la deuda pública y representaba, en promedio, el 114 por ciento del PIB. Es decir, solamente el valor de los activos comerciales disponibles (que no incluyen los no explotados como yacimientos u otros recursos naturales no producidos) es comparable con los altos niveles de deuda pública que experimentan muchas economías aun después de la severa y continua crisis financiera que se inició en 2008.

La magnitud del acervo de activos pone de relieve la importancia de su buen manejo. La tesis fundamental del libro es que el manejo profesional puede redundar en relevantes beneficios y en recursos adicionales para cubrir las necesidades públicas y contribuir a aminorar la carga de la deuda, al traducirse en una mayor tasa de retorno. Los recursos adicionales pueden ser muy significativos: si el valor de los activos comerciales fuere ciento por ciento del PIB, por cada punto porcentual adicional de retorno, se generaría uno por ciento del PIB en recursos nuevos. Si el incremento del retorno fuere de 3,5 por ciento, se podría financiar, completamente, la inversión pública de una economía promedio ya que los gobiernos dedican cerca de 3,5 por ciento del PIB para ello.

De acuerdo a Detter y Fölster, se puede incrementar el retorno por cuatro vías: mejor manejo de los activos financieros líquidos, mejor manejo de las empresas estatales, mejor manejo de bienes raíces e infraestructura física y mejor valuación de los activos públicos que se traduce en una reducción de la prima de riesgo de la tasa de interés de la deuda pública.

El incremento en el retorno es quizá posible, pero no sin un cambio radical en el enfoque de la administración pública y los incentivos políticos para interferir en el manejo de los activos. Esta interferencia sucede en todo tipo de economías, aun las desarrolladas, aunque la severa crisis presupuestaria quizá pueda configurar las circunstancias para que la administración eficaz vaya más allá de los logros en los países nórdicos y en Singapur.

La clave para lograr una mejor administración de los activos comerciales públicos reside en resolver el conflicto de interés intrínseco del gobierno que es a la vez dueño y regulador y esto implica separar propiedad de gobernanza. Es indispensable combinar las mejores prácticas privadas y bajo competencia para el manejo de activos públicos con mecanismos que garanticen perseguir objetivos sociales. Esto implica retirar la gobernanza de activos públicos del control directo de los gobiernos para que estos se concentren en el servicio público y no en interferir con el manejo de los activos comerciales públicos para maximizar su valor. Una gobernanza activa no implica simplemente evitar despilfarros, corrupción y capitalismo de compinches, sino establecer una estrategia operacional competitiva que permita maximizar el valor de los activos. De hecho, la brecha en el rendimiento entre una empresa estatal y una privada en el mismo sector es equivalente a una pérdida de ingresos para los contribuyentes. El libro argumenta que el debate no es tanto entre privatización y nacionalización sino respecto del buen manejo de los activos

comerciales públicos y su aislamiento de la clase política.

Los autores argumentan, además, que el manejo profesional de los activos públicos fortalece la democracia al reducir incentivos para la obtención de contratos o posiciones en empresas estatales, ofrecer terrenos, agua u otros recursos a grupos de interés y sobrepagar a grupos sindicales en empresas públicas. Al mismo tiempo, al separar la clase política del manejo de activos es más probable que los políticos transiten de comportarse como cuasi capitalistas a abogados de los intereses de los consumidores.

Vale la pena reflexionar las propuestas de Detter y Fölster. En México se ha avanzado al respecto en por lo menos cuatro frentes, pero falta todavía mucho por hacer. En primer lugar, se cuenta ya con el Instituto de Administración y Avalúos de Bienes Nacionales, órgano desconcentrado de la Secretaría de la Función Pública, cuyo objetivo es administrar el patrimonio inmobiliario federal y paraestatal para optimizar su uso y ofrecer servicios de valuación al gobierno federal. Como puede verse, tiene un mandato pasivo lejos del objetivo de maximizar valor.

En segundo, Pemex y CFE son ahora empresas productivas del Estado que tienen como meta maximizar su valor y cuentan con un consejo de administración con consejeros independientes. No obstante, su administración todavía no transita a un modelo aislado de los procesos políticos aunque el propósito es que, bajo un sistema de competencia, lo haga.

En tercero, el gobierno anunció la creación de las Fibras E, un fideicomiso para monetizar activos con flujos predecibles de ingresos. Este mecanismo permitiría al gobierno monetizar hoy los flujos futuros de un activo comercial público. Las Fibras E pueden mejorar el retorno de estos activos, pero dependerá de cómo se implementen, que no impliquen garantías públicas y de que no se usen para sobreendeudar a empresas estatales.

Finalmente, existe ahora el Fondo Mexicano del Petróleo cuyo objetivo es la acumulación y administración de los excedentes de la renta petrolera pero que, en vista de los volúmenes de producción y precio internacional del petróleo, no contará con recursos en varios años. Sin embargo este Fondo no es equivalente a la propuesta de Detter y Fölster de que los países establezcan un Fondo del Patrimonio Nacional (National Wealth Fund, en inglés) para el manejo profesional, aislado de la política y con el objetivo de maximizar el valor de los activos comerciales. El solo nombre de Patrimonio Nacional recordará a muchos la dificultad para lograr estos loables objetivos en México.

Los retos presupuestarios de países que envejecen y de aquellos cuyas finanzas públicas dependen de precios de materias primas ahora deprimidos podrían servir como acicate para ver el buen manejo de los activos como palanca para enfrentar las turbulencias de un ajuste a menores ingresos permanentes. Esta es la razón para que las secretarías de Hacienda acudan a las lecciones de Detter y Fölster. —

LUIS DE LA CALLE es doctor en economía por la Universidad de Virginia. Es director general y socio fundador de la consultoría De la Calle, Madrazo, Mancera, S. C. y columnista de *El Universal*.



NOVELA

Cuestión de tamaño



Jonathan Franzen
PUREZA
Traducción de Enrique de Hériz
Barcelona, Salamandra,
2015, 704 pp.

MARTÍN SCHIFINO

Jonathan Franzen está escribiendo a mejor ritmo que hace una década. Nueve años pasaron entre *Las*

correcciones (2001), la novela que lo puso en el mapa literario mundial, y *Libertad* (2010), la que lo puso en la portada de la revista *Time*, con la leyenda “Gran novelista norteamericano” debajo. *Pureza* llega apenas cinco años más tarde, sin echar en falta los centenares de páginas que se han vuelto de rigor en “el canon moderno de Norteamérica”, por citar a uno de sus personajes. “En otros tiempos —piensa esa figura—, habría bastado con escribir *El ruido y la furia*, o *Fiesta*. En cambio, en [la actualidad] la magnitud era esencial. El grosor, el tamaño.” Incluso en broma, hay que tener un par para compararse con Faulkner o Hemingway, pero pocos desearían que *Pureza* fuese más largo.

El libro se lee rápido, en parte porque Franzen (Chicago, 1959) es un escritor muy ameno y, en parte, porque aquí descarta bastante el lastre descriptivo que aminora la marcha. La novela es casi pura narración o, cuando asoma una idea, reportaje. En el centro de las historias se encuentra Purity Tyler, apodada Pip, una muchacha de veintitrés años que hace su entrada en plena lucha con un trabajo mal remunerado, un préstamo estudiantil de 130,000 dólares y una madre inestable que se niega a decirle quién es su padre. El personaje tiene mucho de representativo, en la medida en que refleja las tristes condiciones de vida de miles de jóvenes contemporáneos, pero precisamente por ello está algo reñido con la ambición decimonónica de la novela, que, pese a sus aspiraciones de realismo, sale en pos de conexiones y revelaciones extraordinarias. Es un hábito de los escritores realistas: cuando Stendhal dijo que la novela era un espejo que se paseaba por el costado del camino, se guardó muy bien de especificar en qué caminos descubriría personajes tan originales como Julien Sorel.

Como creación, Pip no está a la altura de Sorel, pero comparte la narración con un elenco variopinto de renegados, asesinos, okupas, periodistas de investigación, presuntos ladrones

de bombas nucleares, muchachitas alemanas abusadas y hasta miembros de la Stasi. En concreto, nos enfocamos en un tal Andreas Wolf, un cincuentón de la antigua Alemania oriental que en la actualidad dirige un portal de periodismo *backer*, el Sunlight Project, donde se sacan a la luz los secretos de medio mundo. Cualquiera parecido con WikiLeaks no es ninguna coincidencia, pero Franzen ha tenido la precaución de pintar a Wolf como un competidor —y no un trasunto— de Julian Assange, a quien Wolf odia, pese a tener similares impulsos mesiánicos y un gusto casi idéntico en materia de becarias. Como Assange, Wolf vive bajo la espada de Damocles de la extradición, y solo puede continuar con su cruzada liberadora desde una base de operaciones sita en el famoso bastión democrático de... Bolivia (también hace un breve viaje a Argentina). Pero incluso hasta allí lo persigue un secreto que el tercer protagonista, el reportero Tom Aberant, podría revelar el día menos pensado, si no fuera porque está implicado en él. Y entre ambos cae Pip, con su enorme necesidad de figuras paternas.

Lo anterior, soy consciente, empieza a sonar como un planteamiento de Carlos Ruiz Zafón o algún otro novelista rocambolesco. Pero el argumento es mucho más abierto de lo que sugiere su resumen, y se sostiene con inteligencia. Como las dos novelas anteriores de Franzen, *Pureza* consiste en largas secciones que se centran en distintos personajes y que solo *a posteriori* empalman unas con otras, en una conexión necesaria. Temáticamente, lo que emerge no son los famosos grados de separación que nos vinculan en la era de las redes sociales, sino más bien un lento examen de las relaciones efectivas (y físicas) que la gente siempre ha entablado con los demás, así como sus consecuencias. Si el libro tiene una idea de fondo —y es una idea que también se encuentra en los ensayos de Franzen— es que existe una diferencia fundamental entre el mundo de los contactos virtuales y los contactos con seres de

carne y hueso. Y no es casual que, aparte de Pip, los personajes íntegros sean Tom y su mujer Leila, reporteros de la vieja escuela que obtienen información a fuerza de hablar con personas y de a poco ganar su confianza.

Franzen no se queda en esa reivindicación simbólica. En el pasaje más ensayístico de la novela, que aparece en la penúltima sección, llega a equiparar las nuevas tecnologías con los totalitarismos del siglo xx: “Las plataformas que competían [en la red] coincidían en su ambición de definir todos los términos de tu existencia”, piensa Wolf. Y más adelante: “le parecía que internet estaba más bien dominado por el miedo: miedo a no ser popular, ni suficientemente *cool*, miedo a perderse algo, miedo a ser criticado u olvidado. En la República [Democrática Alemana], a la gente le aterraba el Estado; bajo el Nuevo Régimen, lo que aterraba a la gente era el estado de la naturaleza”. Por mucho menos, como afirmar la obviedad de que Twitter es una tontería, Franzen ha recibido todo tipo de críticas (“retrógrado” es de lo más bonito que le han dicho), y sin duda hay algo de obcecación en arremeter contra los tiempos que corren. Pero los paralelismos como el recién señalado merecen la pena explorarse. Y la novela realista panorámica, por así llamarla, es una de las formas ideales para explorarlo con la necesaria complejidad.

Si algo cabe criticarle a Franzen, es que a veces su novela confunde complejidad con cantidad. Cuando Pip conversa con sus amigos okupas, por ejemplo, no se necesita reproducir largas parrafadas de tópicos marxistas; y cuando volvemos al pasado de Tom, no es preciso reproducir entera la autobiografía de ciento cincuenta páginas que escribe el propio personaje (Franzen empleó el mismo recurso en *Libertad*). En esos momentos, la prosa explica más de lo que cuenta y, por tanto, cuenta menos de lo que cansa. Pero *Pureza* es una novela generosa, que se toma su tiempo y compensa el que le dedicamos. Al cabo, es imposible no coincidir

con el autor cuando afirma que ciento cuarenta caracteres no alcanzan para decir ciertas cosas. “Me hacen falta seiscientas páginas.” De acuerdo: el tamaño avala el mensaje. —

MARTÍN SCHIFINO (Buenos Aires, 1972) es crítico literario y traductor. Fiordo publicó en 2014 su volumen de ensayos *Páginas críticas*.



CRÓNICA

Pequeño genocidio olvidado



Julián Herbert
LA CASA DEL DOLOR AJENO
México, Literatura
Random House, 2015,
306 pp.

✎ DANIEL HERRERA

Hace años leí sobre cómo la amistad entre Nietzsche y Wagner terminó abruptamente. Algunas ideas se quedaron en mi mente acerca de ese amargo debate. Me llamó la atención la afirmación de Nietzsche sobre cómo Wagner había traicionado su perspectiva de la música y el arte al incluir una visión cristiana en *Parsifal*. Para el filósofo en el arte no había espacio para el espíritu, el pensamiento y la fe cristiana. Esa ideología decadente no debería inmiscuirse en el arte, sobre todo cuando este tendría que ser una piedra angular para una nueva moral.

Desde entonces me quedó claro que, en cuestiones de arte, las ideologías estorban. Sin ser tan radical como el filósofo, prefiero aquellas obras que buscan extirpar cualquier dogma. Entiendo la dificultad que esto significa, sé que todos tenemos algún tipo de ideología, pero pienso que el arte no debe servir como vehículo para ensalzar cualquier pensamiento alejado de la experiencia estética, en todo caso, el arte debe tocar estos temas de refilón.

A veces llegan a mis manos libros de escritores con los que no coincido ideológicamente pero con quienes puedo platicar racionalmente sin que eso signifique terminar como Nietzsche y Wagner.

Con Julián Herbert (Acapulco, 1971) tengo un par de debates, el primero casi no importa y tiene que ver con fútbol. El otro puede ser intenso y pocas veces lo abordamos: él admira profundamente a Villa y yo soy un Herrera, de los que ayudaron a ajusticiar al bandolero y asesino. A raíz de la publicación de *La casa del dolor ajeno*, tenemos ahora un tercer debate que explicaré en las siguientes líneas.

Por fortuna, la historia comienza a volverse conocida. En mayo de 1911, durante la revolución maderista, trescientos tres chinos fueron exterminados en Torreón, Coahuila. Estaban desarmados, indefensos y asustados. No entendían bien el español y es probable que tampoco comprendieran las razones de la Revolución mexicana.

Los asesinaron a casi todos después de que la batalla por la plaza había terminado. Fueron atacados tanto por soldados maderistas como por ciudadanos locales. Fue un embate dirigido específicamente a un grupo racial. La sinofobia era algo común en México y su demostración más violenta y, en apariencia, espontánea, algo que Herbert rechaza, se dio en una ciudad en crecimiento, estandarte porfirista de la modernidad y el capitalismo.

Esta historia —que había permanecido por años en estado latente, más que olvidada— ha regresado a la discusión pública no solo por el libro de Herbert sino también por múltiples esfuerzos tanto de historiadores locales como de escritores y estudiosos del tema.

La casa del dolor ajeno se convierte en una perspectiva novedosa porque en realidad no es solo un libro de historia. Si alguien desea leer este pequeño genocidio desde una lectura académica, puede buscar la

investigación más completa de esos tres días de 1911: *Entre el río Perla y el Nazas* de Juan Puig. En cambio, lo que Herbert nos ofrece es una mezcla de crónica, historia, diario confesional y narrativa de no ficción.

El autor hizo una investigación extensa y profunda de una herida histórica en la vida de Torreón y la Laguna. Se sumergió en distintos archivos para demostrar con las suficientes pruebas la participación del ciudadano común en la matanza; también recurrió a la historia oral e incluso a la microhistoria. Pero no lo hizo desde un lenguaje académico y especializado, sino que decidió utilizar sus habilidades narrativas para acercar al lector a la desgracia china de la época. Así, el libro puede ser leído por los legos en historiografía. Un pequeño ejemplo: visité mi cantina favorita durante el periodo en que releía el libro para escribir esta reseña. El Versailles es un lugar limpio en donde la música no ensordece y hay suficiente luz para leer mientras la cerveza de barril helada llega a la mesa. En cuanto entré ese sábado por la mañana, el dueño me interceptó: “Oye, tú que le sabes a esto de los libros y la literatura, tú sabes que a mí esto de leer no es lo mío, pero, ¿ya leíste este?” Me dijo mientras me enseñaba un ejemplar de *La casa del dolor ajeno*. “Pues sí, resulta que aquí lo traigo.” Las siguientes dos horas estuve platicando con el dueño acerca del libro.

Pero si la obra tiene sus cualidades también pienso que posee algunas carencias. Y aquí retomo la idea inicial de que la literatura no debe ser vehículo ideológico. El libro, a final de cuentas, es narrativa. Lo es porque echa mano de recursos como las acciones encadenadas, las pequeñas historias personales y la interacción de distintos géneros literarios. En ese sentido, Herbert está convencido de que la matanza es un asunto político, y no solo lo fue en 1911, sino que también lo es en la actualidad. Explica que la clase empresarial

lagunera, en voz de algunos historiadores, niega la matanza a manos de ciudadanos locales y se la adjudican únicamente a los soldados maderistas que venían de lejos.

Para el autor, el discurso de la burguesía local ha contaminado también el del ciudadano de a pie. Todos prefieren echarle la culpa a Villa de esta matanza antes de reconocer que el lagunero participó activamente en ella.

Aquí siento que Herbert se equivoca. Como ya lo he expresado en otras ocasiones, creo que si la clase burguesa tiene cadáveres escondidos en el ropero no son los de los chinos. Más que de la hipocresía, las mentiras que se han propagado respecto a esta matanza son producto de la ignorancia y la omisión. No sé qué es peor.

Aunque Herbert intentó leer la región y fue bastante acertado, me parece que algunos aspectos se le escapan. Uno de ellos es que al habitante de esta ciudad no le interesa la historia local. De hecho, el ciudadano común demuestra desprecio aunque en su discurso aparente lo contrario. Esto puede comprobarse en los múltiples edificios centenarios que son destruidos cada año, o en el caos en que se encuentran los archivos municipales. El habitante de Torreón no vuelve hacia el pasado, porque se le ha vendido con eficiencia que debe buscar el progreso. La mirada se dirige hacia el norte, nuestro modelo es Houston. El pasado porfirista ni siquiera figura como una pequeña piedra en el zapato.

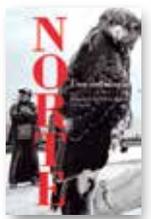
La casa del dolor ajeno es una investigación profunda, seria y compleja. Un libro que no significa un paso hacia atrás en el trabajo de Herbert, sino en una dirección distinta. Recomendable para entender que las historias de migración son atemporales, incluso si la ideología del autor opera en ocasiones en contra del libro. —

DANIEL HERRERA (Torreón, 1978) es escritor, profesor y periodista. Su libro más reciente es *Quisiera ser John Fante* (Moho, 2015).



ANTOLOGÍA

Una idea llamada norte



Eduardo Antonio Parra (compilador)
NORTE. UNA ANTOLOGÍA
México, Era/Fondo Editorial de Nuevo León/ Universidad Autónoma de Sinaloa, 2015, 330 pp.

✎ **FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**

Parafraseo a Alfonso Reyes: la narrativa del norte es la suma de las obras de los escritores del norte de México. Ya sabemos: no hay esencia, hay historia. No existe algo que pueda llamarse el “espíritu del norte”. Hay tradición, expresada en novelas, cuentos y poemas narrativos. Una amplia muestra de ellos es la que reúne Eduardo Antonio Parra en *Norte*.

De entrada se agradece que el mismo Parra no se haya incluido en el conjunto. En su caso lo entendemos como un ejemplo de modestia porque con justicia pudo aparecer en esta antología como autor destacado. Más trabajo me cuesta entender la ausencia de Francisco L. Urquiza (Coahuila) y de Mauricio Magdaleno (Zacatecas), ambos del ciclo revolucionario. O del cristero Antonio Estrada (Durango). O de los sinaloenses Genaro Estrada y Gilberto Owen (si Parra incluyó el poema narrativo “Señor de señores” de Miguel Tapia, con la misma flexibilidad habrían entrado algunos poemas en prosa de Owen). Más contemporáneos, se extraña la ausencia de Amparo Dávila y, todavía más jóvenes, de Daniel Herrera y Carlos Velázquez.

Toda antología subraya unos nombres y borra otros. De esta manera delimita un elemento central: el gusto de un autor por un conjunto de textos reunidos bajo determinadas reglas que el antologador se autoimpone: que hayan nacido en los estados del norte (con dos excepciones: Julián

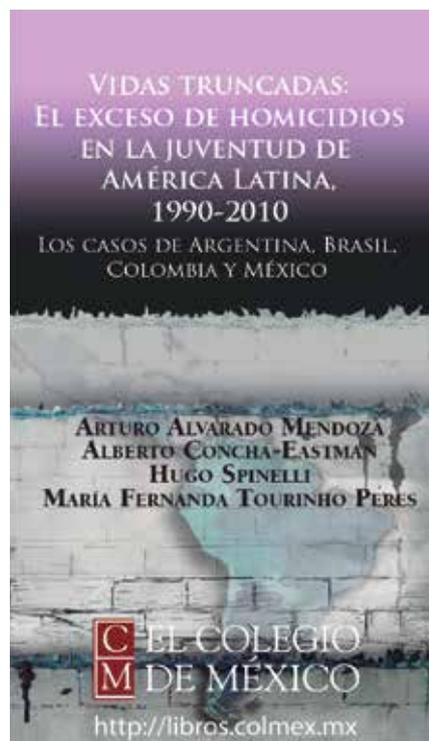
Herbert y Luis Felipe Lomelí, aunque con ese criterio pudo haber incluido al queretano Heriberto Frías, autor de *Tomócbic*); y que hayan publicado en los siglos XX y XXI. Son pocas reglas y amplia la selección.

Considero ocioso tratar de buscar los rasgos idiosincráticos, preludios de la esencialización de lo norteño, que igualmente rechazo. El nacimiento, aquí o allá, es un accidente al que a duras penas se le encuentra sentido. Una antología es un juego literario donde el autor fija las fronteras, los límites. En este caso, en su prólogo Parra señala que los escritores del norte escriben de todos los temas y con una amplia variedad de estilos (no solo de narcos y de migrantes). Lo idiosincrático no forma parte del criterio de su selección. Está bien que así sea. Sin coordenadas tan precisas el lector puede dedicarse a disfrutar la exposición narrativa reunida por Parra.

49 relatos aparecen en orden cronológico. La selección inicia a toda intensidad con “La fiesta de las balas”, un clásico de Martín Luis Guzmán. Es

75

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2015



un acierto. La crónica de una matanza: Rodolfo Fierro dispara mientras sus soldados “saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban, histéricos, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana”. Dos cuentos más adelante, aparece “Oro, caballo y hombre”, de Rafael F. Muñoz, como continuación atroz del cuento de Guzmán. Ahí vemos a Rodolfo Fierro hundiéndose en el lodo, cargado de oro, a la vista de todos sus soldados. Justicia literaria: que la literatura simule reparar lo que la historia no pudo. En medio de ambos, Reyes y Torri; Reyes representado con un cuento curioso en el que aparece un viajero de Venus, incluido, menos por ser un buen cuento que para mostrar cómo en el norte también se escribe literatura fantástica. Más natural, si cabe, es la inclusión de “El vagabundo” de Torri, una lograda fantasía de desaparición. Al buscar rimas —como en el caso de los cuentos de Guzmán y Muñoz— y afinidades —como con Reyes y Torri— Parra logra componer, no una secuencia de cuentos, sino un tejido de afinidades.

¿Es arbitraria la categoría “narrativa norteña”? Claro, como lo sería hacer una antología de cuentos de autores nacidos de 1950 a 2000, o una antología que solo incluyera cuentos fantásticos de todas las épocas, como la que organizaron Ocampo, Bioy y Borges, y por su lado Roger Caillois. Toda clasificación es arbitraria. Con la misma generosidad podríamos saludar una antología de narradores de la frontera (que mostrara la obra de escritores de ambos lados de la frontera; otra que reuniera a autores de las fronteras norte y sur para, en su disimilitud, poder leer mejor sus excesos y semejanzas), o de los narradores de las costas (del Pacífico y el Golfo), o una antología de relatos urbanos que abarcara, como un solo tapiz, relatos de la ciudad de México, Guadalajara, Tijuana, Monterrey, Tuxtla. Si toda antología es arbitraria, la pregunta es

otra: ¿logra articular Eduardo Antonio Parra una idea llamada “norte”?

Parra selecciona y organiza la lectura de estos relatos dadas “las características de su ser norteño”. ¿Y qué es el “ser norteño”? Más que una esencia, “ciertos giros del lenguaje, las alusiones al entorno, el carácter de los personajes”. Pero esto es demasiado vago. En el aspecto narrativo esa agrupación por lenguaje, paisaje y carácter no se realiza. Así lo admite Parra: “Desde un punto de vista literario sería imposible agruparlos en un conjunto homogéneo”... ¿incluso en un conjunto llamado *Norte*? Entonces, ¿desde qué criterio sí es posible hacerlo? ¿Lingüístico, geográfico, psicológico, sociológico? Parra no lo desarrolla. Dice en cambio que “la obra de los narradores del norte muestra casi siempre una preocupación por las palabras”, por captar su uso popular, “la respiración del habla”. Pero esto puede decirse de cualquier literatura. Lo que intento señalar es que no existe tal “ser norteño” sino en la voluntad de quien lo propone; que no hay un carácter ni un habla homogénea entre hablantes de Los Cabos y los de Reynosa; los de Culiacán y los de Monterrey. El canon propuesto tiene tal cantidad de excepciones que la regla no acaba de formularse. Pero si no pudo agrupar un conjunto de relatos representativos del “ser norteño”, en cambio Parra sí organizó e hizo legible una muy buena selección de relatos, de diferente intensidad y calidad.

Norte es un mapa que habla más de Parra que del “espíritu del norte”. Nos habla más de los gustos de un magnífico narrador que de los criterios del recopilador que busca agrupar caracteres y lenguas homogéneos. Esta antología de 49 narradores tiene en realidad cincuenta. Parra es el nombre que falta en este mapa que, como en el cuento de Borges, dibuja la imagen de su propio rostro. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Elaboró y prologó *Leer*, antología de Gabriel Zaid (Océano, 2012).

FILOSOFÍA

En busca del tiempo sereno



Byung-Chul Han
EL AROMA DEL
TIEMPO. UN ENSAYO
FILOSÓFICO SOBRE
EL ARTE DE
DEMORARSE
Traducción
de Paula Kuffer
Barcelona, Herder,
2015, 168 pp.

JULIETA LOMELÍ BALVER

Es curioso que Byung-Chul Han (Seúl, 1959) se haya vuelto popular escribiendo sobre una disciplina que en la actualidad goza de poco interés, la filosofía. Sin embargo, su fama no es fortuita y sus palabras encuentran un amplio público de lectores fuera de la academia, pero también dentro del cubículo universitario. Byung-Chul Han tuvo la astucia de escribir sobre un asunto que concierne al hombre de la época, supo descifrar el desgaste del siglo. Uno que según el filósofo se sintetiza en un “exceso de positividad”, en la obstinación de aspirar a la perfección laboral, emocional y corporal, sacrificando cualquier “negatividad” que se atravesara en el camino e impida llegar a la cúspide, no de la satisfacción, pero sí de un cierto grado de éxito.

Un ejemplo claro lo encontramos en el libro que lo catapultó a la fama, *La sociedad del cansancio*, en el cual describe al individuo replegado en el trabajo, confinado a la autoexplotación, que abandona cualquier interés ajeno en aras de conseguir el triunfo profesional. Este *animal laborans* reprimido y esclavo de sus ambiciones está confinado a ser un engranaje más de la maquinaria neoliberal. Así, la idea de coerción a un jefe desaparece y el sacrificio laboral se encuentra dirigido por la superación individual y la autorrealización.

En su ensayo *El aroma del tiempo*, Byung-Chul Han retoma esas primeras ideas. Se pregunta cómo este ser atareado y autoexplotado comprende y administra su tiempo. Para el

pensador coreano, la crisis del siglo está arraigada en la *disincronía*, en la pérdida de un hilo conductor o, mejor dicho, de una comprensión lineal y progresista del tiempo, que tuviera la intención de ir hacia alguna meta, y que apostara, como antaño, a la asimilación de un pasado y un presente proyectados hacia un futuro alentador.

Desde las primeras páginas, Han anuncia el propósito de su opúsculo: encontrar las raíces de la *disincronía*, describir sus síntomas y polemizar con los posibles daños que esta acarrea al hombre contemporáneo. Solo así, diagnosticando la patología posmoderna de un tiempo que se desperdiga sin ningún propósito, de una fantasía que no logra construir nada duradero —sean relaciones afectivas estables, una carrera profesional célebre, o cualquier plan que no se derrumbe con el vendaval de una nueva ilusión efímera—, se podrá también sugerir un paliativo. Una cura que solo se suministra en la solitaria morada interior, a partir de una reconciliación con la *vita contemplativa*.

El aroma del tiempo hila —a partir de una escritura densa, que no apunta a un orden lineal— un diálogo constante con Nietzsche y Heidegger. Byung-Chul Han recuerda la lección del Zarathustra de Nietzsche: “quien tiene una meta y un heredero quiere la muerte en el momento justo para la meta y para el heredero”. El individuo actual, concentrado en sobrevivir, no parece acumular una experiencia profunda. Transita errabundo por el momento que acaece. No consigue meta y heredero. Aunque sea viejo, muere prematuramente.

El filósofo recuerda que Heidegger también muestra, desde su propio camino, a morir a tiempo. La sugerencia es descubrir lo más originario de nuestro ser, que no es otra cosa que tener en cuenta la constante amenaza de que feneceremos, para así adueñarnos de nosotros mismos y no despilfarrar eso que solo acaece existiendo: el tiempo.

Byung-Chul Han retoma el concepto de instante heideggeriano y

nietzscheano. Quien se adueña de su tiempo se adueña del instante y, en el mismo respiro, del devenir. La concepción auténtica del tiempo radica en la resolución que se lanza hacia lo que se quiere llegar a ser, sin olvidarse de lo que se ha venido siendo.

La sugerencia de Byung-Chul Han es doble. En primer lugar, es necesario volverse un espíritu creativo, que permanezca abierto a lo que sigue, indefinido y altivo frente a cualquier fatídico porvenir, pero no por ello resignado e indiferente a trazar planes y cumplir metas. Pero también hay que evitar degradarse a *homo laborans*, anteponiendo la *vita activa* a la *vita contemplativa*. Para el filósofo coreano, “la demora contemplativa concede tiempo, da amplitud al Ser, que es algo más que estar activo”.

Nietzsche pensaba que habría que devolver la dignidad a los segundos de vida. Como crítico de la modernidad, el autor del *Zarathustra* pugna contra la pérdida de serenidad y de reflexión que el hombre de su época comenzaba ya a sufrir, cuestiona la explotación humana y el automatismo de la vida. Un siglo más tarde, Byung-Chul Han nos sugiere reconquistar los momentos de calma, del ocio lanzado al pensamiento prolongado, al disfrute del instante, a la renuncia de volvernos meros animales de trabajo. Pero esto solo se conseguirá al integrar la dimensión meditativa a nuestras vidas.

Construir en granito nuestras moradas, así sean las moradas de una noche, recomendaba Gómez Dávila. Esto mismo significa devolverle el aroma al tiempo, comprometerse con el instante como si fuera el último que nos tocara vivir, con el momento fugaz que metafóricamente desearíamos desplazar al infinito. Y aquí recordamos una vez más a Nietzsche, el eterno retorno como un imperativo para la vida feliz: *¿quieres esto otra vez, infinitas veces?* De la respuesta dependerá el valor y el sentido que se conceda a la vida. —

JULIETA LOMELÍ BALVER es ensayista y estudia el doctorado en filosofía en la UNAM.

AUTOBIOGRAFÍA

Un Balzac de la mente



Oliver Sacks
EN MOVIMIENTO.
UNA VIDA
Traducción
de Damià Alou
Barcelona, Anagrama,
2015, 378 pp.

JUAN MALPARTIDA

Hasta avanzados sus cuarenta años, cuando se quitaba la bata blanca, se enfundaba en un traje de cuero y recorría en moto, los fines de semana, cientos de kilómetros, a veces por el desierto. Tuvo pasión toda su vida por la natación y hasta los cincuenta años por el levantamiento de pesas, deporte en donde obtuvo el récord estatal de California en 1961 cuando cargó de una sentadilla completa 272 kilos. Llegó incluso a levantar más de cuatrocientos kilos y fue apodado Doctor Sentadilla. Para lograrlo tenía que engordar y muscularse debidamente, y disfrutaba de dietas de cuatro o cinco hamburguesas y dos batidos grandes de chocolate. En Santa Mónica acudía a Muscle Beach. Bebió lo suyo y se drogó (LSD, cannabis, semillas de dondiego, metanfetamina) hasta necesitar una drástica desintoxicación. Hasta los 77 años comió rápido y mal. Era tímido y poco dado a hablar, salvo de los aspectos de su profesión, que eran variados. Homosexual, en un mundo como la Inglaterra de su juventud, abandonó toda sexualidad desde los cuarenta años hasta los 75. Se psicoanalizó durante casi cincuenta años y llegó a escribir casi mil diarios, de extensiones muy diversas, además de numerosos libros por los que es mundialmente conocido. Naturalmente, hablo del neurólogo Oliver Sacks, un Balzac de la mente.

Nacido en Londres en 1933, falleció en Nueva York este verano, a causa de un cáncer. Hijo de médicos muy

cultos, Oliver Sacks estuvo desde niño atraído por la ciencia y la literatura. Ha contado su infancia y adolescencia en *Mi tío Tungsteno*, un libro que es también una pequeña historia de la química, y donde relata la crueldad del internado de Braefield, donde durante la guerra estuvo con uno de sus hermanos dieciocho meses, alejado de un Londres bombardeado. La palabra historia, en el sentido de relato, es fundamental en sus obras y en la manera que tuvo de enfrentarse al conocimiento, y fue determinante en el perfil de sus investigaciones y en cómo se relacionó con los otros. De joven leyó mucha literatura inglesa de los siglos XVII y XVIII, además de libros científicos. Y siempre lo acompañó la música. Sacks se marchó de Inglaterra a los veintisiete años y, aunque volvió en visitas más o menos extensas, pasó el resto de su vida en Estados Unidos, primero en California y luego (desde 1965) en Nueva York.

De su experiencia como motero dice: “A veces tenía la impresión de estar inscribiendo una línea sobre la superficie de la tierra, y otras de encontrarme inmóvil sobre el suelo, y que todo el planeta giraba en silencio debajo de mí.” Bella imagen. Su carrera como médico e investigador se caracteriza en sus comienzos por sus intentos de vincular la neuropatología y la neuroquímica. Era un hombre de gran capacidad de trabajo, de notable inteligencia y originalidad, aunque, como confiesa, en 1966 nadie pensaba que llegaría a los 35 años. “Pero a base de psicoanálisis, buenos amigos, la satisfacción del trabajo clínico y la escritura, y, por encima de todo, buena suerte, contra todas las expectativas he logrado rebasar los ochenta.” El psicoanálisis (con exactitud: el doctor Shengold) le enseñó a prestar atención, “a escuchar qué hay más allá de la conciencia o las palabras”. Lo ha dicho en numerosas ocasiones,

y en sus memorias parece evidente que esta es la cualidad distintiva de su mente: “Yo pienso en términos narrativos e históricos.” Heredero, entre otros, del gran neuropsicólogo A. R. Luria, Sacks siempre fue fiel a la experiencia.

Sacks dedicó su vida a analizar el aprendizaje y los efectos de la práctica, a profundizar, siempre desde la clínica y el ejemplo, en lo que el genio de Edelman teorizó como darwinismo neural, que significa que estamos destinados, “nos guste o no, a una vida de singularidad y autodesarrollo, a crear nuestros propios caminos individuales a través de la vida”. Y eso es lo que hizo el gran Oliver Sacks y supo contarlo admirablemente, con una profunda mirada de agradecimiento. —

JUAN MALPARTIDA (Marbella, 1956) es escritor y director de *Cuadernos Hispanoamericanos*. Su libro más reciente es la novela *Camino de casa* (Pre-Textos, 2015).

El que en EDUCAL lee, donde quiera es verde.

Únete a nuestra comunidad de lectores.

Solicita tu tarjeta en cualquier librería Educal, regístrate en el programa **Recompensas** y disfruta de los beneficios exclusivos que mereces.

Después de leer, tu mejor recompensa.

Cada compra con tu tarjeta te bonifica:

- ★ 10% en libros Conaculta
- ★ 5% en todas las editoriales
- ★ Además obtienes envíos gratis en librería virtual.



Regístrate y consulta todos los beneficios en
www.recompensas.educal.com.mx



Pide tu tarjeta aquí

#RecompensasEducal



Educal



@LibreriasEducal